

# Arquitectura antigua en Valparaíso

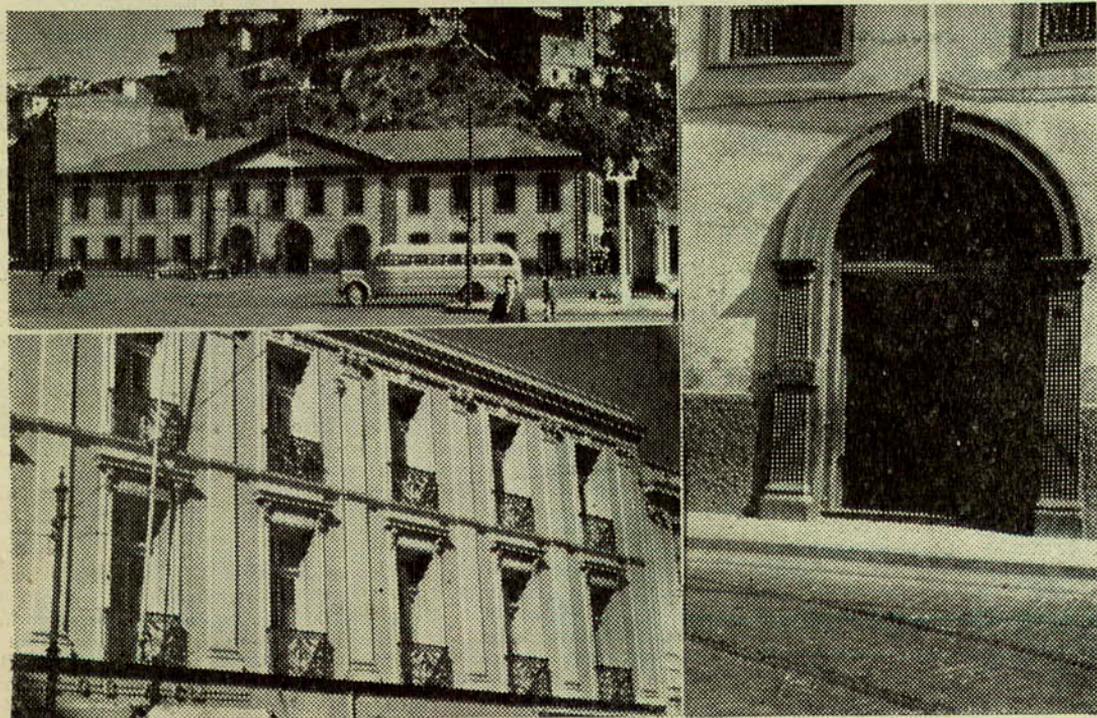
Por el Arqto. Tomás EASTMAN MONTT

"Pro Arte" nos ha brindado la oportunidad de conocernos íntimamente en nuestra vida artística. A través de sus páginas, los artistas chilenos y los amantes de las artes han podido darse cuenta de su número, su presente y su pasado. Poco a poco se ha ido dando a conocer nuestro patrimonio artístico vivo, en sus manifestaciones plásticas, musicales y literarias. Sin embargo, sabemos que éstas no son las únicas manifestaciones artísticas de un pueblo. La arquitectura es también una de las Bellas Artes, para muchos es la primera de las artes, aunque su fin utilitario y grandes necesidades financieras cortan en gran parte sus posibilidades expresivas, aproximándola a la ciencia y privándola de esa libertad expresiva de que gozan sus hermanas.

"Pro Arte" no ha olvidado la arquitectura y en sus páginas se han manifestado estudios contemporáneos de valor. Otras manifestaciones de este género podrían ser de un interés muy especializado y estarían mejor en otras publicaciones más especializadas, pero existe cierto patrimonio arquitectónico nacional, que merece ser dado a conocer, ¿y dónde podrá hacerse esto con mayor propiedad que en las páginas de este semanario? Valga esta pequeña introducción como explicación del por qué nos hemos sentido impulsados a escribir estas líneas sobre ciertos edificios de Valparaíso que, sin duda, representan un valor en nuestra historia artística nacional, y que hasta ahora han pasado casi ignorados a los ojos de los historiadores de nuestra evolución arquitectónica. Porque Valparaíso tuvo sus monumentos arquitectónicos y los tiene todavía sino permanecemos demasiado indiferentes ante nuestro reducido legado. Recorde-

tonces de las posibilidades de Europa, y esa arquitectura de estucos y piedra cuidadosamente tallada, sufrió una transformación dulcificadora en su modestia, traduciendo todas las formas de estos materiales a la madera, reina soberana de las selvas del Nuevo Mundo. El entusiasmo arquitectónico prendió rápidamente en Norteamérica. Jefferson no sólo redacta la Constitución sino edifica la Biblioteca de la Universidad de Virginia y su propia residencia "Monticello". Los libros sobre arquitectura se editan con profusión, constituyendo verdaderos Evangelios del nuevo estilo. Entre ellos, merecen citarse las obras de Asher Benjamín de Massachusetts y de George Biddle de Philadelphia, publicados en los primeros años del siglo pasado. Estos libros con sus láminas exquisitamente dibujadas, hicieron posible la construcción de esas casas de tabique de pórticos esbeltos y ricos cornisamentos, en las cuales por vez primera, los detalles de la piedra de la original arquitectura inglesa, han evolucionado hasta llegar a ser una de las expresiones más perfectas de la arquitectura en madera que se haya conocido.

A esta escuela pertenecen los edificios que nos ocupan. En primer lugar, tenemos el edificio de la Plaza Aníbal Pinto que hace esquina con calle Esmeralda, ciertamente el más logrado de los dos. Es verdaderamente hermosa esta estructura acentuada por ese orden monumental que abarca con sus pilastras los dos pisos. Los capitales y la cornisa son elegantes y diestramente proporcionados. Los vanos y todos los detalles del molduraje permiten un juego de sombras sumamente rico. El juego de colores contribuye al efecto, pero la modestia de los materiales exige un cuidado constante en su mantención. Desgraciadamente, el primer



Tres aspectos del viejo Valparaíso: edificio de Aduana, fachada en la Plaza Aníbal Pinto, y portada de la Aduana.

mos el desaparecido edificio de la Intendencia, que nos contempla desde el fondo del pequeño óleo de Rugendas en nuestro museo municipal. Aquéllo es sólo un recuerdo; tenemos también realidades.

Los edificios a que nos referimos están ubicados en dos plazas de la ciudad: Plaza Aníbal Pinto y Plaza Wheelwright, comúnmente llamada Plaza de la Aduana. Son tres construcciones: dos antiguas residencias particulares en la primera y el edificio de la Aduana en la última. Estos edificios son obra del arquitecto-constructor don Juan Brown, oriundo de Albany, capital del Estado de Nueva York, y fundador de una altruista familia porteña, que nos ha dado múltiples obras de utilidad pública, como la Universidad Católica de Valparaíso, el Hospital de Niños de Viña del Mar y el Hogar de Ciegos de la misma ciudad.

Estos tres edificios constituyen un valor apreciable por su originalidad en la historia de la arquitectura nacional, pues su raíz no arranca de la tradicional arquitectura colonial que nos legó la Madre Patria, sino de una influencia aportada por la arquitectura norteamericana de transición, clasificada como "Late Colonial". Es éste un estilo intermedio entre el Colonial Americano y el Neo Clásico. Estas estructuras simbolizan la historia de nuestro primer puerto en las primeras décadas de nuestra independencia definitiva: la historia de una ciudad activa, verdadero emporio comercial, donde fructificaba la riqueza impulsada por las diversas colonias extranjeras unidas al esfuerzo nacional. Es el apogeo de aquella época, cuyo nacimiento nos describe Mary Graham en su diario, y que vió en su madurez llegar al joven pintor Whistler para defendernos del bombardeo y pintar uno de sus primeros nocturnos cromáticos.

El "Late Colonial" tiene su origen en la arquitectura inglesa, principalmente en la obra de los hermanos Adams, aquellos finos artífices del siglo XVIII, introductores de la decoración pompeyana y etrusca. Sin embargo, Norteamérica carecía en

piso no fué tratado con la misma elegancia, o tal vez, ha sido destruído, por lo cual la impresión general desmerece, en gran parte, pero es éste un detalle fácilmente subsanable mejorando las fachadas de los locales comerciales allí existentes.

En la fachada del edificio de la Aduana tenemos un resultado totalmente diverso. Es la misma escuela pero el volumen es rechoncho y sus líneas primitivas y robustas. Se diría una caja fuerte. Las ventanas están clásicamente espaciadas y molduradas con gusto. No existen órdenes, pero sí una cornisa robusta, canterías en las esquinas (recientemente arrancadas), y un cuerpo central saliente coronado por un tímpano.

Este cuerpo central lleva tres puertas con arcos moldurados, órdenes y llave de muy puro estilo americano y el edificio tiene la ventaja de ser totalmente independiente, formando una manzana.

Tales son, en líneas generales, las características de estos edificios del siglo pasado, edificados según un gusto imperante en Norteamérica. En Chile, su presencia es una curiosa primicia de antaño, símbolo de lo que fué y debería ser nuestra vida ciudadana. En estas construcciones de líneas esbeltas o robustas no hay ricos materiales: ni piedras, ni mármoles, ni broncees. Tan sólo madera y barro, pero utilizados con tal técnica y maestría que logra expresar claramente el fruto del trabajo y de la inteligencia, en un país carente de riquezas más fabulosas que la constancia y el esfuerzo.

Puede que nos hayamos detenido de un modo preferente en el aspecto emocional de estas construcciones, sin tomar en cuenta los otros dos aspectos de utilidad y estabilidad constituyentes de una verdadera arquitectura. En rigor, estas características están patentes en su sola existencia, triunfadora airosa del tiempo y de los fenómenos sísmicos. En cuanto a su funcionalismo, deberíamos reconstruir mentalmente la época de su edificación.